

TIEMPO Y ENTORNO DE MIGUEL DE CERVANTES

JOSÉ CARLOS GÓMEZ-MENOR FUENTES

Numerario

Miguel de Cervantes Saavedra aparece en un período realmente trágico del vivir hispánico, en aquella compleja Edad conflictiva de que nos habla Américo Castro. Es decir, en el primer momento decisivo de un cambio histórico entre el auge del imperialismo español (con el triunfo de la escuadra de la Santa Liga, mandada por don Juan de Austria sobre la fuerza naval turca en el golfo de Lepanto en octubre de 1571) y la amarga resignación del fracaso de la Armada Invencible, tan fácilmente vencida. Es el comienzo notorio y palpable de nuestra decadencia.

Pero es también un momento en que todas las formas culturales de la Península se hallaban en plena madurez. Viejas y nuevas universidades e innumerables colegios, desde los tiempos del cardenal Cisneros y del maestro Antonio de Nebrija, elevaron el nivel cultural de la sociedad española a todo lo largo del siglo XVI. No quiero extenderme en este tema del evidente auge cultural, que nos ocuparía demasiado tiempo. Tan solo recordar que muchos españoles, (casi todos miembros de la Compañía de Jesús) y destacados en los estudios de filosofía y teología, habían sentado cátedra en las universidades de Roma: el biblista Maldonado y los teólogos cardenal Toledo, Francisco Suárez, Gabriel Vázquez y otros; de París (padres Juan de Mariana y Alfonso Salmerón); en Lovaina y Oxford (Juan Luis Vives), en Coimbra (Luis de Molina y el mismo padre Suárez). Luego, el padre Luis de Molina enseñó veinte años en Évora. El toledano Alonso de Pisa enseñó en las universidades de Dilinguen e Higelstadt.

Las célebres imprentas de los Giunta y de Planti, en Venecia y

Amberes, imprimían muchos libros en castellano; en Bruselas también, en cuyos excelentes talleres impresores se hablaba el español correctamente. La monumental Biblia Políglota de Benito Arias Montano salió de una de aquellas imprentas, costeada por Felipe II. En otra se imprimió por vez primera el *Lazarillo de Tormes*.

En Castilla, los jesuitas padres Astete y Jerónimo de Ripalda renovaron y mejoraron los catecismos populares y el maestro Juan Bonifacio elevó la pedagogía de su tiempo con el tratado latino *Christiaf pueri institut adulescentiaequae periouginum*, instaurando las bases de una más eficaz educación. Alumno suyo en Medina del Campo fue el adolescente Juan de Yepes, luego san Juan de la Cruz.

Cervantes fue clarividente como pocos en este decisivo tránsito de nuestra historia. El escritor más optimista y riante se ha de convertir, por lógica inflexible, en el maestro de un hamanismo trágico y desesperanzado. Pero no debe por esto pensarse solo en el lado doloroso de la obra cervantina, en sus escritos del cautiverio de Argel, aquellos cinco años de dolor y de rabia. Nuestro novelista y autor de comedias reúne tal cantidad de elementos, y su visión de la vida y del mundo es tan compleja e integral, que su producción ofrece multitud de facetas. Un crítico certero, Ángel Valbuena, escribe:

«Toda interpretación unilateral de Cervantes es coja y partidista, tanto la romántica, como la realista, como la noveutaiochista, como la que quiere ver en la gran novela una actitud meramente fracasada y antiheroica. Es tan rico el mundo cervantino, tan español y tan universal a la vez que en el hay motivos para reír y para llorar, para exaltarse y deprimirse, para meditar o entregarse al mero pasatiempo. Sin duda su genio y las particularidades de su intensa y compleja vida fueron necesarias para que se realizara en Cervantes la síntesis suprema de nuestras letras».

Miguel de Cervantes surge efectivamente en una generación muy lograda de nuestro Renacimiento, la de los nacidos entre los años 1535 y 1549. Quince años es el tiempo mínimo necesario para que cuaje una nueva generación de personas, que necesitarán otros quince años más para que los mejor dotados escalen puestos eminentes en la sociedad. De forma que esta generación estricta —conforme al esquema fijado por Ortega y Gasset y Julián Marías, que lo aplican en especial al siglo XX— tiene su punto medio de nacimientos en 1542 y su sazón treinta años después, en 1571. Por eso yo la he llamado la generación de Lepanto.

A esta generación socio cultural pertenecieron muchos miles de personas en Europa, y de entre ellos, tan solo en España pertenecen algunas figuras extraordinarias, además de Cervantes, nacido en 1547. Señalaré unos pocos: el filósofo Francisco Suárez, cuyas *Disputationes Metaphysicae* son la más importante obra de filosofía que se ha dado en toda nuestra historia, leída por Descartes y Spinoza e influyente en Europa hasta los comienzos del siglo XX; fray Juan de la Cruz, el Doctor Místico, extraordinario maestro de la introspección psicológica y autor de una poesía depurada y genial; los escritores Mateo Alemán y Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa; el dominico fray Alonso de Cabrera, predicador preferido de Felipe II y catedrático en Osuna; el franciscano Francisco Solano, nacido en 1549 en Montilla (Córdoba), hoy canonizado, modelo de misionero en América; el mercedario Francisco Zumel (1540-1607), profesor de filosofía en la universidad de Salamanca y Maestro general de su Orden. Nacidos fuera de nuestras fronteras, a esta generación pertenecen: el pintor Dominico Theotocopuli, el Greco; en Italia, el filósofo heterodoxo Giordano Bruno, y san Roberto Bellarmino, de la Compañía de Jesús, cardenal y agudo controversista con los protestantes; en Francia, Pierre Charron, nacido en 1541, renovador del escepticismo; en Bélgica, Iust Lips,

que latinizó su nombre (Iustus Lipsius, 1547-1606), célebre difusor de la filosofía estoica y elegante escritor latino: mantuvo correspondencia con Arias Montano y Francisco de Quevedo.

Buscando las coincidencias de estas personalidades, se puede decir que es una generación que pretente la originalidad en sus obras, partiendo de una excelente formación humanística; en esta generación va cuajando un estilo en el arte y en la vida: el *barriquismo*.

Si comparamos a Cervantes con los antes citados Mateo Alemán y Cristóbal Suárez de Figueroa, veremos que el primero tiene un dominio del arte de novelar a la altura de Cervantes, pero de tonos muchos más sombríos y pesimistas, y en Suárez de Figueroa se da una gran vocación literaria y un estilo expresivo y muy cuidado, con marcada inclinación a la sátira y al descontento. Sólo Cervantes recoge lo sombrío y lo luminoso, las modas literarias y los géneros de nueva creación, la sátira hiriente y la benévola y humana generosidad, el estilo y la vida. Ángel Valbuena escribe: «Cervantes abre su obra al mundo y al futuro, bien echados sus raíces a su tiempo y a su patria. Sus viajes, su experiencia amplísima, su adivinación de almas, fueron sus principales características».

A pesar de ser Cervantes, probablemente, el más laico de nuestros grandes escritores del Siglo de Oro —en el sentido más recto y etimológico de la palabra *laico*, es decir, seglar, a la par con un Garcilaso, por ejemplo—, su obra se mueve dentro del más estricto catolicismo, como no podía ser por menos. Sin duda, su época marcaba ya un matiz diverso al de las dos grandes generaciones precedentes, de santos, escritores ascéticos y reformadores, de la valía del maestro Ignacio de Loyola, iniciador y primer general de la Compañía de Jesús; del predicador por toda Andalucía San Juan de

Ávila, nacido en Almodóvar del Campo; de fray Luis de Granada, inmenso orador sagrado y escritor delicado y sensible; el reformador de los franciscanos san Pedro de Alcántara; san Alonso de Horozco, agustino, nacido en Oropesa, escritor y predicador insigne o la gran reformadora madre Teresa de Jesús... Estos y otros muchos maestros de espiritualidad, respaldados doctrinalmente por los decretos conciliares de Trento, que comienzan a aplicarse en 1563, ejercieron un influjo muy hondo en la religiosidad de los españoles de su siglo, y la enriquecieron sensiblemente.

Mas también fue muy fuerte otra corriente paralela naturalista, cuajada en el Quattrocento italiano, que explica las grandes laxitudes morales de su época, patentes (por ejemplo) en la vida del gran Lope de Vega, que ya pertenece a la generación siguiente, o en el léxico cínico y desvergonzado hasta la brutalidad de Góngora y Quevedo. Este ambiente de laxitud moral se dio más aún en Italia, precisamente cuando se encontraba en ella Miguel de Cervantes, primero como servidor del cardenal Acquaviva, luego como soldado distinguido. Esa «vida libre de Italia» le marcó para toda la vida. Más trágica e intensa fue la experiencia de crueldad e inmoralidad durante los cinco años que pasó en Argel como cautivo. Bien es verdad que ya hombre maduro ingresa en la Tercera Orden franciscana y en la piadosa y elitista hermandad madrileña Esclavitud del Stmo. Sacramento. Gracias a los actos comunitarios de estas dos asociaciones, Cervantes recuperó el vigor de su vida cristiana, que nunca había perdido del todo. También debemos recordar que Cervantes tuvo una hermana monja, sor Luisa de Belén, que fue carmelita descalza (1546-1620).

Lo cierto y fuera de toda duda es que Cervantes se sintió siempre como parte integrante de la Cristiandad y considera a España como la fuente diestra del catolicismo militante. Su orgullo de haber

participado en la más alta ocasión que vieron los siglos –como él llamaba a la batalla de Lepanto– va unido en su recuerdo al sentido pleno del triunfo de las armas cristianas. Del cautiverio en Argel recoge en su teatro episodios emocionantes de heroísmo y martirio que él presenció, y en sus versos expone la más depurada doctrina católica sobre la Redención y la justificación del hombre pecador cooperando a la gracia con obras transidas de amor de caridad.

«Lo que hay en Cervantes –escribe certeramente mi maestro Ángel Valbuena– es la profunda y activa religiosidad del hombre seglar, a diferencia de la posición contemplativa del místico. Es la militante religiosidad del hombre de las armas, lo que hace decir a Don Quijote, aclarando un concepto moral: ‘Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al Cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndolo con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de la cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados hielos del invierno’». Dejando a un lado el barroquismo patente en esta frase del Quijote y la leve ironía crítica de las palabras «con toda paz y sosiego», que en la realidad no siempre se daba, parece percibirse aquí un acento de emoción autobiográfica y seguramente de homenaje y recuerdo a su hermano Rodrigo, muerto, ya alférez, en la guerra de los Países Bajos.

Algo más debemos decir de la vida de Cervantes. La personalidad del novelista se manifiesta plenamente en los hechos de su vida.

Sabemos que Miguel de Cervantes Saavedra nace en Alcalá de Henares y recibe el Bautismo en la Iglesia Colegiata de Santa María la Mayor en octubre de 1547. Su padre es el médico cirujano

Rodrigo de Cervantes; su madre se llama doña Leonor de Cortinas. La familia paterna es originaria de Córdoba, aunque por sus apellidos quiera sugerir que son oriundos de Galicia. El abuelo fue un abogado de cierto prestigio, el licenciado Juan de Cervantes, buen conocedor del Derecho Político y del Administrativo, tal vez compañero de estudios del autor de la *Celestina*. Como éste, se dedicó preferentemente a la asesoría jurídica de los Ayuntamientos o concejos. Fue alcalde mayor de Ávila y miembro del Consejo de Gobernación de los estados del duque de Osuna, y más tarde, del duque del Infantado, éste con residencia en Guadalajara.

No consta con certeza donde vivió y estudió Miguel durante su niñez. Parece que estuvo en Sevilla y Valladolid, pues su padre cambiaba frecuentemente de residencia, buscando mejor acomodo para ejercer su profesión. De mozo, vivió una temporada en Salamanca. Pero su principal formación literaria es fruto de su asistencia al estudio municipal de Madrid, que regentaba el maestro Juan López de Hoyos, excelente humanista y simpatizante de las obras de Erasmo. Estas enseñanzas, por cierto, eran gratuitas, como también las impartidas en los Colegios de Jesuitas. De López de Hoyos era discípulo Cervantes cuando tiene catorce años. A los veinte, éste maestro le publicó sus primeros versos.

Pasan los años y Cervantes no logra frecuentar ninguna universidad ni tiene oficio conocido. Yo sospecho que fue amanuense de algún notario o escribano público, pues Miguel de Cervantes tiene una letra puelquérrima y muy cursiva, lo que indica muchas horas de ejercicio de la pluma. A los veintidós años aparece en Italia formando parte del séquito del cardenal Giulio Acquaviva, que antes había estado en Madrid en el desempeño de una embajada del Papa a Felipe II. Parece que Cervantes tiene en el palacio romano del cardenal Acquaviva el oficio de un adjunto a su secretario, o criado de

confianza, lo que entonces se llamaba *camarero*, por tener acceso a la cámara o despacho del cardenal. Aprende muy pronto el italiano y así tiene ocasión de leer los mejores autores, entre ellos a Ariosto, cuya *Gerusalem liberata* elogia sin reservas. Entonces leerá los *Dialoghi d'Amore*, de León Hebreo, famoso sefardí ya fallecido, enciclopedia literaria del amor platónico. El ambiente renacentista italiano llena el alma del futuro escritor de anhelos de belleza, de motivos platónicos, de clásicas normas del arte.

Pero la vida del cardenal Acquaviva se extingue al poco tiempo y Cervantes se convierte en soldado, alistado a las órdenes del capitán Diego de Urbina y asiste a los preparativos de la Santa Liga contra los turcos, cada día más belicosos. Se embarca en las galeras del Papa y, en una de ellas, la Marquesa, el día 7 de octubre de 1571, toma parte en la sangrienta batalla de Lepanto al mando de doce soldados, en el esquife o barco auxiliar de la galera. Los testigos de vista confirman el proceder de Cervantes, valiente hasta el heroísmo, aquél día, por cierto, calenturiento y enfermo. Por efecto de un arcabuzazo recibido durante el combate pierde el uso de la mano izquierda y recibe también dos heridas de cuidado en el pecho. En Mesina, en el hospital de sangre montado por don Juan de Austria, cura de sus heridas, gracias a los cuidados de un antiguo médico de Carlos V, el doctor Gregorio López.

Asistió más tarde Cervantes a la expedición a Corfú y a otra más para defender La Goleta, en Túnez. En 1574 se habla de él como soldado aventajado de la tropa española en Palermo. Pero los planes de don Juan de Austria se colapsan y en 1575 Cervantes es licenciado. Y cuando regresaba a España, con su hermano Rodrigo, también soldado, fue apresado por el audaz corsario Arnaute Mamí y llevado cautivo a la gran ciudad de Argel. Tiempo después, contará el inicio de su cautiverio en su Epístola a Mateo Vázquez:

En la galera Sol, que oscurecía
mi ventura su luz, a pesar mío
fue la pérdida de otros y la mía.

Los cinco años de cautiverio en Argel fueron muy penosos. Las cartas de recomendación que llevaba de don Juan de Austria y de otros jefes del ejército para Felipe II y que le son descubiertas hacen pensar a sus captores que se trata de un caballero importante y elevan su rescate a cinco mil ducados de oro. Ello hará imposible que pueda ser redimido pronto, pues la familia necesitaría muchos años para reunir tal cantidad.

En Argel siente revivir su vocación de poeta y escribe cuidadosamente aquella *Epístola a Mateo Vázquez*, un secretario del Rey. El verso final de esta correcta composición resume su penosa situación de esclavo:

Y al trabajo me llaman, donde muero.

Por fin, en 1580, tras muchos peligros y penalidades, el trinitario fray Juan Gil rescata a Cervantes por quinientos ducados de oro. Tiene entonces 33 años.

Llegado a la Península, tras descansar en casa de sus padres, se encuentra una España depauperada y doliente, y un monarca cansado y sin recursos. Aquel año, en el otoño, hubo una epidemia de gripe maligna, (lo que llamaron «el catarro universal») que se llevó a la Reina y al duque de Alba y el mismo rey Felipe II estuvo a punto de muerte.

Hubo de transcurrir aún todo un cuarto de siglo antes de paladear el triunfo literario del *Quijote*. Cervantes no obtuvo ningún cargo

oficial, a pesar de su brillante hoja de servicios. El soldado heroico de la jornada de Lepanto vegeta ahora en una vida mediocre. Visita a sus amigos y parientes, como la familia Salazar, en Esquivias. Allí conoce a una mujer joven hidalga y bien acomodada, doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano. Unos meses antes, Cervantes ha tenido una hija natural de una mujer de familia humilde, Ana Franca de Rojas. Su hija se llamará doña Isabel de Saavedra. No obstante, Miguel pretende la mano de la hidalga de Esquivias y se casa con ella en 1584. Cuando se casa con Miguel, que ya tiene 37 años, doña Catalina es de edad de diecinueve.

Las noticias y documentos que conocemos permiten afirmar que ambos esposos estarán unidos por verdadero cariño durante toda su vida, a pesar de las muchas ausencias de Miguel por su trabajo para Intendencia del Ejército. No fue el suyo un matrimonio roto. Doña Catalina no le dará hijos, pero será su seguro económico durante el resto de su vida; según el ordenamiento legal del matrimonio en aquella época, le correspondía al marido la administración de los bienes de la esposa, que podía delegar en otra persona por ausencia justificada; por ejemplo, en el hermano clérigo de doña Catalina, con ciertas condiciones y plazos. La esposa de Miguel le acompañará a Valladolid y no le abandonará jamás en su madurez y en su ancianidad, y menos aún en sus años de gloria, cuando fijan su residencia familiar en Madrid, en la calle del León, después del éxito de la Primera parte del Quijote.

Hay mucho de leyenda o de exageración sobre la pobreza en que vivió Cervantes. Se le supone gratuitamente un manirroto, pero solamente lo era en el sentido físico. Doña Catalina, cuando se une con Miguel es huérfana de padre, cuya herencia le da para vivir con desahogo en la amplia casona familiar que comparte con el hermano clérigo. Lo cierto es que a sus cuarenta años Cervantes es un

hombre fuerte, sano y activo. Su naturaleza inquieta no le permite compartir la vida ociosa de los hidalgos de Esquivias, dedicados a la caza y al cuidado de sus pocas tierras. Cervantes pasa muchas temporadas fuera de Esquivias ejerciendo de comisario para el acopio de trigo y de recaudador de algunos impuestos. Como empleado del Intendente general del Ejército don Antonio de Guevara, goza de unas dietas de doce reales diarios. Si con solo tres reales se sostenía cualquier familia mediana, con doce reales Cervantes puede vivir, él solo, muy confortablemente, y aún le sobra. Sin duda alguna, ya casado, Cervantes no pasó verdadera necesidad. En cierta ocasión su esposa doña Catalina avaló a su marido por la cantidad de 500.000 maravedís, prueba de que al menos en aquel momento su fortuna superaba esa notable cantidad. Los bienes de doña Catalina más saneados eran los alquileres de las dos casas que tenía en la ciudad de Toledo.

Las actividades al servicio de la hacienda real le lleva a temporadas a vivir en tierras andaluzas y en Campo de Montiel, y en ese tiempo estuvo ciertamente en Villanueva de los Infantes, señalada ahora como la patria del mito quijotesco. En Sevilla residió Cervantes algún tiempo y allí tenía su base de operaciones hacendísticas y conoció muy bien los ambientes característicos de la ilustre ciudad, tanto los bajos fondos de la gran urbe mercantil, tan desmoralizada —que podríamos caracterizar con tres palabras: derroche, lujo y matonismo—, como el ambiente literario, y en éste, Cervantes se movía como pez en el agua y donde anudó amistades sinceras, entre otras con Mateo Alemán, el autor de Guzmán de Alfarache, quien tiempo después, cuando marche al virreinato de Nueva España (es decir, a Méjico) se llevará un ejemplar de *Don Quijote* entre sus reducidas pertenencias.

Allí, en Sevilla, Cervantes decide un día abandonar sus viajes y

el oficio de recaudador y entregarse de lleno al ejercicio de la pluma (prueba de que había logrado hacer algunos ahorros). Hace tiempo que ha concebido la trama de su novela quijotesca y tiene ya escrita una buena parte del Quijote, mucho antes de llevarla a la imprenta. Cervantes pule y corrige una y otra vez su obra y no se engaña sobre sus valores literarios. Vuelto por fin a Esquivias y a Madrid, reanuda plenamente su vida familiar y compone versos (que me figuro tanto gustarían a su esposa). Decidido ya a imprimir el Quijote, marcha a Valladolid, donde estaba la corte de Felipe III, con toda su familia, a la espera de obtener el privilegio real que le aseguraba la percepción de sus beneficios como autor.

* * *

Han transcurrido cuatro siglos desde la aparición en Madrid, en enero de 1605 –un año antes de recuperar la villa su condición de Capital del Reino, que había perdido en favor de Valladolid– de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha. Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*. Un libro que se imprimió en la prestigiosa imprenta de Juan de la Cuesta con la colaboración editorial de Francisco de Robles, librero del Rey nuestro Señor.

El éxito de libro fue fulminante: desde el inicio de su aparición fue leído con asombro y celebrado por todos como un acierto total de su autor, ya conocido en los ambientes cultos como un escritor madurísimo, por su *Galatea* y por sus dramas, comedias y romances. Sin duda alguna, los primeros lectores fueron sus mejores propagandistas y en pocos meses se agotó aquella primera edición. Enseguida sale a luz la segunda, en este mismo año e imprenta, y otras dos en Valencia, por gestión de un célebre editor, Patricio Mey. También aparecen, a lo largo de 1605 otras dos ediciones

impresas en Lisboa, al menos una de ellas ilegal. Dos años más tarde el Quijote traspasa las fronteras hispánicas y en Bruselas lo imprime (es la séptima edición) el librero Roger Velpius. Otra edición más, la octava, fue corregida personalmente por Cervantes, que imprime el mismo Juan de la Cuesta.

La aparición, en tres años, de ocho ediciones de la Primera parte del Quijote constituyó un gran triunfo literario, capaz de endulzar la vida ya declinante de su autor y alegrar la de toda su familia, ahora más unida. Todo el mundo lee complacido el *Quijote* o lo conoce por lecturas en familia, desde el Rey Felipe III, a quien agradó sobremanera, hasta los más jóvenes estudiantes. A todos divierte este libro de entretenimiento, con las aventuras de su doble protagonista: el caballero andante, privado de cordura, y su rústico escudero amigo de refranes. Solo por excepción, parece que no agradó a un maduro poeta cortesano, a Lope de Vega, tan despreciativo de la poesía cervantina y tal vez envidioso del triunfo literario de Cervantes en prosa. A Lope de Vega se debe, por cierto, gran parte de la leyenda de la mísera pobreza de Cervantes, cuando narra aquella tertulia literaria en la que el autor del *Quijote* prestó a Lope de Vega sus gafas para leer de cerca (que Lope había olvidado en su casa) y éste dice que aquellas lentes le parecieron un par de huevos estrellados, por viejas y medio rotas.

Pero el pueblo le alaba y aprecia a Cervantes como merece. Y desde entonces —cuatro siglos— Don Quijote conquista el primer lugar de nuestra literatura. La *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote* supera incluso a la primera en exquisiteces de estilo, con páginas inolvidables como los dos capítulos dedicados a contar la intentada visita nocturna a Dulcinea en sus fantásticos palacios del Toboso y al mensaje verbal que le lleva Sancho el día siguiente.

El Quijote se traduce a todas las lenguas cultas y es juzgado e interpretado de diferentes maneras. En torno a la fecha de su III Centenario (ahora hace un siglo), grandes escritores y filósofos lo hacen objeto de su atención preferente: Miguel de Unamuno, Azorín, el erudito Francisco Rodríguez Marín, el médico don Santiago Ramón y Cajal... y pocos años después Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, el catedrático Américo Castro y otros escritores de mérito analizan el Quijote dentro de un ancho espectro de ideologías y puntos de vista. Es natural que sus interpretaciones sean muy variadas. Por ejemplo, ¿qué dijo al respecto Menéndez Pelayo? Oigamos su concisa y matizada opinión:

«La obra de Cervantes no fue de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerle. Cuando había de poético, noble y humano en la caballería se incorporó en la obra nueva con más alto sentido. Lo que había de quimérico, inmoral y falso, no precisamente en el ideal caballeresco, sino en las degeneraciones de él, se disipó como por encanto ante la clásica serenidad y la benévola ironía del más sano y equilibrado de los ingenios del Renacimiento».

En 1947 se celebró solemnemente el IV centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes, y esta efeméride hizo revivir la atención por el libro inmortal y su autor. Aparecen tres espléndidas biografías de Cervantes: dos más reducidas, debidas a Arbó y a Garcilaso, y una tercera, en varios tomos, la monumental de Luis Astrana Marín, con abundante documentación. Se reedita la lograda biografía del toledano Francisco Navarro Ledesma, acabada en febrero de 1905, un año antes de la prematura muerte de su autor, y aparecen algunos estudios muy valiosos, entre ellos los debidos al alemán Ludwig Pfandl.

Para este año 2005, IV centenario del *Quijote*, se han preparado excelentes ediciones de esta novela. Se programan varias celebraciones, promovidas algunas por las Comunidades de Castilla-La Mancha y su Junta, con actos culturales y amplia promoción turística y popular. Y así, con matices propios, se celebrarán actos conmemorativos a lo largo de este año, como el ciclo que para más adelante prepara esta Real Academia.

Todo hace suponer que por mucho tiempo el *Quijote* seguirá influyendo en nuestras vidas. Porque, como dijo Pedro Laín Entralgo en un libro digno de ser recordado –*La generación del 98*–, «*Tal vez nuestro vivir, como el de don Alonso Quijano el Bueno, es un combate inacabable, sin premio, por ideales que no vemos realizados*» por completo, nunca jamás.